

José Méndez

El Auriga

Doy la sangre como incienso o pasto, o como llama.
Literatura al paso nada queda
sino la tibia sensación de no ser. Nada.

Crímenes infames pudieron cometerse
con mi bastón de cáscaras. Allá
la casa sola, con su torre ausente,
intimidando mi furia de mirada.

* * *

Pregunten al que sepultó mi zapato.

la carcoma del ojo corroe
la distancia,
la destrucción del vuelo resulta necesaria:
permanece el aire en su insolencia
la agonía del luto permanente
la inhóspita figura del hombre cabalgando

pregunten
al árbol
su hambre subterránea.

Parecía un obstáculo insalvable, y ya ves,
tan sólo recorta el horizonte.

Es el miedo. O la soledad del agua en mis pupilas.
Dejémosla correr pues soy un niño y aún
me son permitidos todos los terrores.

* * *

Inspiro
la línea divisoria
por un extraño respeto de pijama
permanezco quieto y podría

ser
muralla
más allá del ámbito que habito,

no sólo oleoducto de miserias
quizá candil
camarote o carpintero

padezco dolencias dolorosas
túmulos se agolpan y galopan
y son rosas
al otro baile frío. ◇